

brepujado al poeta en su concepción, y que es de ella todo el mérito de la terrible catástrofe que deja una impresión que nunca, nunca habíamos sentido.

Al caer el telón, y cuando volvimos de la especie de estupefacción en que nos había sumergido esta artista, nuestros labios murmuraron maquinalmente, obedeciendo á nuestro pensamiento, esta palabra:

—¡Sublime!



CARTA Á UNA POETISA.



A tenido vd. la bondad, amable señori-
ta, de enviarme hace dos meses un to-
mo que contiene sus bellas poesías inéditas,
y otro sus leyendas, diciéndome que deseaba
conocer mi opinión antes de publicarlas.

Si no fuera por el respeto profundo que me
inspiran la belleza y el talento, habría declinado
desde luego el alto honor que vd, se sirve ha-
cerme, porque no me creo digno de él, ni por
mis conocimientos que son pequeñísimos; ni por
mi carácter que no es á propósito para ejercer el
difícil magisterio de la crítica.

Hace algunos meses que un íntimo amigo
mío, que velaba su nombre bajo un seudónimo
transparente para mí, en un artículo crítico que
publicó en un periódico de esta ciudad, después
de hacer de mí una mención demasiado favora-
ble, apreció mis disposiciones para la crítica de

una manera exacta, diciendo: que mi carácter fogoso é impresionable, me impedía tener la imparcialidad y el ánimo sereno que tanto se necesitan para fallar con justicia en las obras de literatura.

Realmente así es: yo mismo lo he dicho en alguno de mis escritos literarios, y lo conozco cada vez más, á medida que me alejo de esa edad juvenil, en que se juzga más bien con el corazón que con la cabeza.

Sin embargo, advierto que con el conocimiento de esta falta, propia de la juventud y de la inexperiencia, mi opinión se hace mas cauta; y mi razón, ya menos dispuesta á sufrir las impresiones del momento, ó á adoptar sin discusión el dominio despótico de los afectos, va acostumbrándose á la reserva, antes de pronunciarse en cualquier sentido.

Quédame, con todo, un defecto gravísimo, y que no creo remediabile con el trascurso del tiempo, y es el de mi ineptitud natural por lo nulo de mi capacidad y por mi falta de instrucción, que el estudio constante es ineficaz para llenar, no contando con la base esencial de la inteligencia.

De manera que sólo con estas observaciones preliminares, ya demasiado largas, pero que creí necesario poner en conocimiento de vd., me

atrevo á darle mi opinión humilde sobre sus interesantes trabajos, tranquilizándome la idea de que vd. no ha de haber esperado de mí un fallo irrecusable y autorizado, sino simplemente una opinión que en su recto criterio tiene aún que comparar con otras muchas de personas más competentes y á las cuales aconsejo á vd. que dé preferencia.

I

Gratísima y por demás deliciosa es la impresión que deja en el ánimo la lectura de las poesías de vd. Un sentimiento puro y ardiente, robustez de inspiración, inefable ternura en las expresiones, profunda moralidad en los asuntos, gala en los cuadros descriptivos; hé aquí las cualidades que sobresalen en las composiciones poéticas de vd.

La *Trasfiguración*, la *Jerusalem*, el *Cruzado*, las imitaciones de los poemas llamados *Ossiánicos*, los *apólogos* en el estilo de Selgas, y lo que vd. llama *Trovas*, me han llamado la atención particularmente, porque en estas piezas se muestran en todo su vigor las altas cualidades poéticas de que está vd. dotada; y si me es permitido manifestar un deseo, será el de que las publique vd. en primer lugar, porque estoy se-

guro de que le darán una envidiable reputación en el mundo literario.

Con demasiado temor, y sólo después de darle á conocer la grata impresión que me han causado estas composiciones, me atrevo á sujetar al juicio de vd. una observación sobre el asunto y forma de ellas, observación que si es aceptada, querría yo que sirviese solamente para el porvenir, y de ninguna manera para que ella sea causa de modificar ó desfigurar las expresadas composiciones.

Mi observación es la siguiente: Los asuntos religiosos están ya muy tratados en poesía, y en nuestro país con profusión, con exceso. De esto proviene que se note en las composiciones religiosas contemporáneas poca originalidad, lo cual resulta naturalmente del agotamiento; porque ¿no cree vd., que el asunto religioso es susceptible también de agotarse?

.....

.....

.....

Pero en general, puede asegurarse que los más grandes poetas modernos han excusado con empeño comparar los acentos de su lira con el sonido majestuoso del arpa antigua, y eso no por un sentimiento de piedad ó impiedad, sino por el temor justísimo de parecer pálidos y raquíti-

cos en presencia de sus modelos. Sólo debe exceptuarse á los dos mencionados Milton y Klopstock; pero ¡qué excepciones!

Considerando esto, que es, me parece, muy razonable, ¿ne le parece á vd., señorita, que debemos dejar la poesía religiosa resplandecer en la Biblia, sin pretender aumentar su brillo con nuestra pobre y mustia lamparilla de aceite? ¿No le parece á vd. que los trenos de Jeremías parecen más imponentes en medio de la oscura nave de los templos, y aun en el silencio del campo, en su majestuoso ritmo antiguo, que en los endecasílabos aconsonantados con que han pretendido mejorarlos algunos modernos?

¿No es verdad que vd. misma lee con más unción, encanto y ternura, un capítulo de Mateo, de Lucas ó de Juan, que la traducción de él en redondillas ó en romance octosílabo; y que se conmueve vd. más con la triste sencillez del relato evangélico de la Pasión, que con esas *floriture* rebuscadas, con las cuales los poetas modernos han creído aumentar lo terrible del sangriento drama? En el Evangelio, hasta las repeticiones del estilo oriental son bellas; en las paráfrasis que conocemos, un ripio nos hace turbar con una sonrisa el religioso recogimiento de que deseamos estar poseídos, una cacofonía nos hace mover los hombros con desdén; una ima-

gen mal escogida, una frase malsonante, nos distraen y nos hacen arrojar el libro.

Si vd. queda convencida de lo arduo y difícil que es tocar con buen éxito los asuntos religiosos, me daré por feliz, y desde ahora me prometo ver aprovechadas las dotes de ardiente imaginación, de ternura y de facilidad para describir que vd. posee, en asuntos en que tengan mejor aplicación. Así, no tendrá que ir á buscar en los viajeros de Tierra-Santa, como Chateaubriand y Lamartine, la descripción de Jerusalem (que vd. no conoce), para formar su cuadro, sino que le bastará asomarse á su ventana ó recorrer los campos en derredor de esa linda población tropical en que afortunadamente reside, para darnos en sus composiciones bellísimos cuadros de la naturaleza americana, capaces por sí solos de encantar á los amantes de la verdadera poesía, que es la poesía nacional.

Pasemos á otra cosa: El pequeño poema de vd. "El Cruzado;" es *bonito*; pero me permitirá vd. preguntarle, ¿por qué ha ido vd. á buscar,

como nuestro Fernando Calderón, el asunto de su leyenda en las crónicas de otros países? ¿Le agradan á vd. esos asuntos caballerescos? Seguramente, y de esto tiene la culpa el enjambre de los imitadores de Zorrilla y de Arolas, que han dado á ese género una boga que por fortuna no dura hasta hoy en Méjico ni en ninguna parte.

Algunos novelistas y poetas europeos, particularmente de los que fundaron la escuela llamada romántica, dieron el primer ejemplo; y registrando archivos empolvados en las Bibliotecas, ó fingiendo que los registraban, y contemplando á la claridad de la luna las poéticas ruinas de los castillos feudales que les traían á la memoria las viejas historias de la Edad Media, se dedicaron á renovar las fábulas que había aniquilado el *Quijote*, aunque vistiéndolas con el ropaje de la fantasía moderna, para que no estuvieran expuestas á los sarcasmos de Sancho Panza.

Estos novelistas y poetas como Walter Scott, como Dumas (no quiero mentar al vizconde de Arlincourt), y como Chateaubriand y Víctor Hugo, tuvieron el mérito de popularizar así leyendas nacionales ó al menos europeas, mérito que Zorrilla, á pesar de no ser más que imitador, tuvo también, lo mismo que el duque de